ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE: RAÍCES ANTIGUAS Y MEDIEVALES DE CUATRO CUENTOS ESPAÑOLES DE ANIMALES

La tradición narrativa medieval ha permanecido viva en la tradición oral contemporánea con relativa vitalidad. Prueba de ello son los cuatro cuentos que reúno en este artículo, de los cuales encontramos antecedentes en importantes textos medievales, tales como el *Calila e Dimna* castellano o el *Roman de Renard* francés.

Todos ellos integran motivos folklóricos antiquísimos que pueden rastrearse ya en la antigua tradición oral de la península Indostánica, a la que, sin duda, podemos considerar como la fuente primigenia de la cuentística y fabulística oriental y occidental. La pervivencia en nuestros días de estos cuentos no es exclusiva de una o de otra zona, pues se han documentado versiones de ellos en muchos puntos de nuestra geografía y aun de fuera de ella, lo que es prueba inequívoca de la amplia y variada difusión que, en épocas pasadas más aún que en el presente, debieron tener estos cuentos.

El primero de los textos que vamos a presentar es especialmente valioso, por su belleza y la riqueza de motivos novelescos que atesora. Veámoslo:

La golondrina, la zorra y el pez Federico[1]

[Aa.-Th. 56 A]

---

[1] El informante fue Antonio Pérez Pelufo, nacido en Alzira (Valencia) en 1912, a quien entrevisté en Alcalá de Henares durante las Navidades de 1998. Este mismo informante me refirió el cuento de *El gato, el gallo, el pato, el cordero y los ladrones*, que

Una golondrina había hecho el nido en un pino muy alto y estaba dándoles de comer [a sus hijitos]. La zorra se dio cuenta de que allí había un nido y *habían* pajaritos, y pensó:

-¿Cómo me haré yo con un pajarito? Pero cualquiera sube arriba ahí al pino. Yo no puedo subir.

Entonces se encaró con la golondrina y le dijo:

-¡Golondrina, si no me das un golondrino,
con el rabo te cortaré el pino!

Y la golondrina se lo pensó y dijo:

-Caray, éste lo que quiere es que se los dé.

Pero, claro, al día siguiente otra vez lo mismo. Volvió a llegar la zorra y:

-¡Golondrina, si no me das un golondrino,
con el rabo te cortaré el pino!

Entonces ya dijo ella:

-Caray, éste se empeña, y será capaz de cortarlo. Y se comerá a mis hijos.

Y estaba triste. Estaba triste y un día de los que las golondrinas suelen ir hacia los ríos, los riachuelos, para coger barro, que les gusta mucho a ellos jugar con el barro; y estando allí, pues sale un pez, que dicen que se llamaba Federico, y dice:

-¿Por qué estás triste?

Dice:

-Mira, estoy llorando. Estoy llorando porque es que ha venido la zorra y me ha dicho que si no le doy -y le cuenta lo que le dijo- si no le doy un golondrino, con el rabo me cortará el pino.

Y el pez se empezó a reír:

-Pero, mujer, ¿cómo va...? Tú piensa: ¿cómo va a cortarte el pino con el rabo? Los pinos no se cortan con rabos de zorra;

---

estudio en último lugar. Véase también sobre ambos cuentos mi artículo *Alzira: un pequeño corpus de literatura oral // Revista de Folklore* 233 (2000) 164-180, núm. 25 y núm. 27. Las abreviaturas Aa.-Th. se refieren a la monumental obra de **Aarne, Antti** y **Thompson, Stith.** *Los tipos del cuento folklórico: una clasificación,* Helsinki: Academia Scientiarum Fennica, 1995.

se cortan con buen hacha, con buen vino
y con buenos pedazos de tocino.

Y entonces dice:

-¿Sí?

-Sí, mujer, vete tranquila, que no te cortará el pino.

Y se fue. Se fue, se subió arriba, a dar de comida a sus hijitos. Y en eso llega la zorra, como siempre, y dice:

-¡Golondrina, si no me das un golondrino
con el rabo te cortaré el pino!

Y ella le contesta:

-Los pinos no se cortan con rabos de zorra;
se cortan con buen hacha, con buen vino
y con buenos pedazos de tocino.

Y entonces dice:

-Ah, ¿y quién te ha dicho eso? Porque tú no lo sabías.

Dice:

-Sí, me lo ha dicho Federico.

Y entonces dice:

-*Me cagüen diez* el Federico este que va dando guerra...

Y se va y se tumba al lado del río. Y estaba allí haciéndose la muerta. Y Federico, pues era un pez muy castizo, muy risueño, pues iba dando saltos y saltos y saltos y cuando, en un momento dado, dio un salto, abrió la boca para comérselo. Pero fue más listo y dijo, al ver la alegría que tenía de que iba a comérselo, dice:

-¡A Federico me comí!

Y Federico dice:

-A otro, pero no a mí.

Y se zambulló en el agua.

Este cuento, de origen árabe, aparece por primera vez en las versiones árabes y europeas del *Calila e Dimna* –que fue traducido al castellano por orden de Alfonso X el Sabio en el siglo XIII–, si bien nuestro texto no se ajusta por completo a ese modelo primitivo y fun-

damental. Según el estudio realizado por Aurelio M. Espinosa[2], del cuento árabe –Tipo I– habría surgido en la tradición hispánica durante la Edad Media este nuevo Tipo II, cuyo carácter diferencial se revela principalmente en el desenlace. Mientras que en el original árabe el consejero de la víctima termina siendo devorado por el agresor, en el cuento hispánico sale airoso del peligroso trance, burlando a aquél.

Para que podamos apreciar mejor las diferencias hagamos un pequeño resumen de la versión medieval que se recoge en el *Calila e Dimna*[3]. El *enxenplo* está sacado a colación para ilustrar cómo algunos hombres dan consejo a los demás, pero no lo tienen para sí mismo. Narra el cuento cómo una paloma va entregando sus palominos a una gulpeja (zorra), ante la amenaza de ésta de subir a la palma a comerla a ella y a sus hijos. Un día que pasa por allí el alcaraván y observa que la paloma está triste, le pregunta cuál es la causa de sus cuitas. Sabida la causa, el alcaraván le aconseja que no vuelva a entregarle más hijos, a menos que la gulpeja suba por sí misma a buscarlos. Al encontrar tal cambio de actitud en la paloma, la gulpeja quiere saber quién le ha aconsejado así, a lo que la paloma responde indicándole el lugar en que se encuentra el consejero. Hacia allí se dirige la gulpeja, llena de adulaciones para con el alcaraván, admirada de su buen entendimiento y de sus buenos consejos, fingiendo que sólo desea sacar algún provecho de sus conocimientos. Primero le pide consejo sobre cómo mantener los pies calientes, para después preguntarle cómo resguardar del viento la cabeza. Al contestar el alcaraván que cuando el viento viene de todas partes, lo que hace es meter la cabeza bajo el ala, la gulpeja le pide que le demuestre cómo lo hace, por parecerle cosa imposible, al mismo tiempo que adula su entendimiento. Pero cuando el alcaraván así lo hace, la gulpeja se lanza sobre él y lo mata, como castigo por haber aconsejado a otro sin haber sabido aconsejarse a sí mismo.

---

[2] **Espinosa, Aurelio M.** *Cuentos populares españoles*, 3 vols. Madrid: C.S.I.C., 1946, vol. III, p. 400-410. Una versión del cuento, recogida en Toro, se reproduce en el vol. I de esta misma obra con el núm. 258.

[3] *Calila e Dimna* / ed. J. M. Cacho Blecua y M. J. Lacarra. Madrid: Clásicos Castalia, 1984, capítulo XIII, "De la gulpexa et de la paloma et del alcaraván", p. 352-354.

Si atendemos a la clasificación de motivos elaborada por Aurelio M. Espinosa, encontramos que la versión medieval sigue el siguiente desarrollo: A, B, C, D3, H. Es decir, que se trata del Tipo I en su estructura fundamental básica. Por su parte, la versión moderna que ofrecemos aquí presenta este otro desarrollo: A, B, C, D6, F, que se encuadra dentro del Tipo II.

La génesis del nuevo tipo sobre el arquetipo árabe ha sido muy bien explicada por A. M. Espinosa. Según este estudioso:

> "Cuando las primeras versiones del Tipo I del *Calina y Dimna* entraron en la tradición literaria y popular de Europa, existían ya en la tradición europea cuentos populares que contenían algunos de sus elementos. Estos elementos son en realidad cuentecillos que documentan motivos folklóricos muy antiguos y muy generales que relatan la captura de un ave por un lobo o por una zorra por engaño, y su muerte o escape por engaño también"[4].

Así pues, es muy probable que este Tipo I se amalgamara con ese tipo de cuentos que relataban el escape por engaño de un ave apresada, dando como resultado nuestro tipo II, y desbancando de esta manera el Tipo I, que apenas tuvo continuidad en la tradición hispánica.

El Tipo II supone, con respecto al Tipo I, un cambio cualitativo en las señas de identidad tradicionales del zorro. Éste, contradiciendo su condición de animal astuto –de la que hace gala en los modelos medievales– se presenta con candorosa sinceridad ante el consejero, cegado por el deseo de venganza, lo que le convierte en presa fácil de la astucia de éste. Hay, pues, una inversión de papeles entre el animal agresor y el consejero, pasando el primero de engañador a engañado, y el segundo de engañado a engañador.

Además de estos cambios estructurales, existe otra diferencia fundamental relacionada con el *modus narrandi*. Me refiero a las expresiones formulísticas que emplean los personajes en la tradición actual del cuento, y que no existían en el original árabe. Este tipo de fórmulas aportan a la tradición moderna una frescura y una gracia

---

[4] **Espinosa, Aurelio M.** *Cuentos populares españoles*, vol. III, p. 406.

especiales de las cuales carecía la tradición medieval. Posiblemente se deba esto a la función predominantemente didáctica que cumplían estos cuentos dentro de la sociedad medieval y que se manifiesta en la moraleja final. Como señala María José Vega a propósito de esto, "estamos ante un motivo que se manifiesta como fábula en la literatura escrita y como cuento de animales en la tradición oral"[5], desprovisto ya de la moraleja tradicional. En la Edad Media, al primar el contenido didáctico sobre el lúdico, se requería cierto rigor expositivo que limitaba de alguna manera los cauces estilísticos.

Fuera de esta diferencia, encontramos otro cambio tan llamativo como sorprendente, que parece exclusivo de la versión alzireña. Se trata del cambio de especie del consejero ayudante que, para más inri, encontramos bautizado con el nombre de Federico. En casi todas las versiones conocidas del cuento, antiguas o modernas, el papel de consejero lo cumple un ave –generalmente el alcaraván– que no responde a otro nombre que no sea el de su especie. Lo mismo podemos decir de la víctima y del depredador. Resulta desconcertante que en esta versión, la única conocida en que aparece el nombre propio de uno de los protagonistas, no se atribuya un nombre a los otros dos personajes. De esta manera, resulta que el personaje adquiere una mayor relevancia en el relato con respecto a los demás. ¿Cómo podemos explicar esto? Tal vez podamos encontrar una razón en el deseo que tienen los pueblos de desarrollar una identidad cultural propia, bien diferenciada de la de los demás. Para ello, pueden servirse –como en este caso– de modificaciones originales realizadas sobre los modelos heredados. Es posible que nos encontremos ante un desarrollo nuevo del cuento en la zona, que se ha reforzado mediante la atribución del nombre propio. Este cambio realza la identidad del personaje por encima de los otros, concentrando la atención del público–oyente sobre él, asegurando de esta manera la continuidad de la nueva rama narrativa, pues ningún miembro de la comunidad que repita el cuento olvidará que el personaje fundamental se llama Federico y que se trata de un pez.

---

[5] **Curiel Merchán, Marciano.** *Cuentos extremeños* / introducción de María José Vega, Junta de Extremadura: Editora Regional de Extremadura, 1987. Serie Rescate-2, p. 45.

Naturalmente, este cuento –como cualquier otro– no ha saltado de la tradición medieval a la moderna sin un recorrido por nuestra literatura oral y/o escrita, en estado latente y/o manifiesto. En el siglo XIV, el infante Don Juan Manuel recogió en su *Conde Lucanor* otra versión de este motivo. Sin embargo, esta versión se halla bastante alejada del cuento moderno en tanto que no sólo el animal agresor sale victorioso de su treta, sino que, además, falta el ave consejera, de forma que la primera amenaza es suficiente para asustar al gallo y hacerlo caer en sus garras. El desarrollo del cuento en este caso se reduce únicamente al elemento A3 de la clasificación de motivos elaborada por A. M. Espinosa. Falta, por tanto, toda la segunda parte del relato.

La siguiente versión que conocemos fue anotada en 1627 por Gonzalo Correas en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* para explicar la génesis de un refrán muy popular en la época y que se presenta en tres variantes:

1. El alcaraván hadeduro, a todos dar consejo y a sí ninguno.
2. Alcaraván zancudo da consejo y para sí no tiene ninguno.
3. Alcaraván zancudo, para otros consejo y para sí ninguno.

El sentido del refrán sólo se hace claro a la luz del relato del cuento, que Correas recoge a continuación. La de Correas es una versión concentrada y reducida de los motivos fundamentales que aparecen en el cuento del *Calila e Dimna*, sin apenas variación. Sin embargo, difiere de aquél en que la moraleja no aparece de forma expresa[6].

La existencia de estos refranes en la época es indicio inequívoco de la gran difusión y popularidad de que debió gozar el cuento por aquel entonces.

En relación con sus abundantísimos paralelos españoles, panhispánicos y universales registrados en la tradición oral moderna[7], pode-

---

[6] Esta versión está recogida, además de en la obra de Correas, en **Chevalier, Máxime**. *25 cuentos folklóricos más en textos del Siglo de Oro* // *La Torre*, 1, 1987, p. 111-129.

[7] Ver **Aarne, Antti** y **Thompson, Stith.** *Motif-Index of folk-literature: a classification of narrative elements in folktales, ballads, myths, fables, mediaeval romances, exempla, fabliaux, jest-books, and local legends,* Bloomington: Indiana University Press, 1975 y **Camarena Lauricica, Julio** y **Chevalier, Máxime.** *Catálogo tipológico del cuento folklórico español,* Madrid: Gredos, 1997, cuento tipo 56 A.

mos afirmar que nuestra versión de Alzira es una de las textualmente más completas y afortunadas que hemos podido analizar, y que la incorporación de ese extraordinario personaje que lleva el nombre de "pez Federico" constituye uno de los elementos más originales y llamativos de los que es posible detectar en todo este repertorio.

En definitiva, podemos decir que pervivencia y variedad son las notas que caracterizan la tradición moderna con respecto a su herencia medieval. El motivo fundamental se mantiene, pero en múltiples variantes, que son las que aportan personalidad propia a cada manifestación oral y que hacen de cada una de ellas un testimonio valioso, único e irrepetible.

El zorro y el decreto[8]

[Aa.-Th. 62]

Esto era un gallo que estaba *subío* en un árbol; y abajo había un zorro. Y le decía el zorro:

– Oye, baja, que charlemos un poco.

– No, si desde aquí podemos hablar –decía el gallo.

– Que no, hombre. Que aquí abajo estamos más a gusto.

– No, mira, yo estoy bien aquí.

– Que te puedes caer.

– Que no me caigo. Que yo ya estoy *acostumbrao* y no me caigo.

Con que en esto que le dice el zorro:

– Si no te preocupes, si no pasa nada. ¿Tú no sabes que ha salido un decreto de ley que dice que los animales no nos podemos hacer daño los unos a los otros?

Y en esto que se presenta un puma, y *cuanti* que lo vio el zorro, echó a correr, y le decía el gallo:

–No corras, no corras. Enséñale el decreto ese.

---

[8] El informante, Victoriano Nieves Tabares, nacido en 1942 en San Vicente de Alcántara (Badajoz), fue entrevistado por mí a finales de enero de 1999 en Alcalá de Henares. Este mismo informante me contó el cuento titulado *El lobo y el zorro* que comento a continuación de éste.

Nos encontramos en este caso ante "un cuento de origen literario esópico popularizado"[9] reformulado en la Europa medieval, con lejanos antecedentes orientales. Aparece documentado en las *Fábulas* de María de Francia (nº 51) y en el *Roman de Renard* (rama II), lo que prueba que era bastante conocido en la literatura vernácula francesa ya en la segunda mitad del siglo XII.

La versión que se recoge en el *Roman de Renard* cuenta cómo Renard, el zorro, se dirige a la herrerilla con alabanzas y cumplidos con objeto de vencer sus reservas, a fin de que se acerque hasta él y poder alcanzarla para comérsela. Primero trata de convencerla para que baje a besarlo. Pero la herrerilla le responde que no se fía de él, pues ha engañado ya antes a tantos animales. Es entonces cuando el zorro le dice que nada debe temer, pues el león, el rey de los animales, ha hecho jurar la paz por todas partes. Como así tampoco consigue su propósito, Renard le dice que la besará con los ojos cerrados, a lo que la herrerilla accede. Renard los cierra, y el ave, en vez de besarle, le acerca un puñado de musgos y hojarascas, porque sigue sin fiarse. El zorro se lanza sobre la maleza, creyendo que se trata de la herrerilla. Como ésta desconfía, el zorro trata de justificarse diciéndole que sólo lo había hecho para asustarla. El intento se repite una segunda vez, pero Renard falla, y la herrerilla sale volando, y ya no cree más sus palabras, sino que se hace la sorda. Mientras el zorro sigue tratando de convencerla de que sólo estaba bromeando, aparece una partida de cazadores con sus perros. Para que la herrerilla no crea que ha mentido, el zorro, antes de emprender la huida, le dice que la paz se ha jurado, pero que aún no lo saben por todas partes, y que los que vienen son cachorros que aún no tienen asegurada la paz como sus padres. Pero la herrerilla, para escarmentarlo, le trata de malvado por creer que alguien pueda infringir la paz, y le dice que vuelva ahora a besarla. El zorro se evade con el pretexto de que no se encuentra dispuesto, pero insiste en que la paz se ha jurado[10].

---

[9] **Espinosa, Aurelio M.** *Cuentos populares españoles*, vol. III, p. 321-327, p. 322. Este estudioso recoge una versión sevillana del cuento en el vol. I, núm. 225.

[10] *Le Roman de Renard (ramas II, I, Ia, Ib)* / edición, traducción y estudio de Luis Cortés Vázquez , Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1979, rama II, vv. 469-601.

Esta rama II, que es la que inaugura el ciclo de aventuras del zorro en las versiones francesas del ciclo, está fechada entre 1174 y 1177, y se atribuye a Pierre de Saint Cloud. Sin embargo, el cuento era bien conocido antes de esta fecha en la Edad Media, en la literatura culta latina. Este Pierre de Saint Cloud fue el primero que tuvo la idea de poner en romance las famosas aventuras de Renard, hasta entonces sólo conocidas en latín medieval –y seguramente en una tradición oral paralela–. Precisamente el protagonismo del zorro es el único nexo que da unidad a toda la colección de heterogéneos y variados relatos. El *Ysengrimus* de Nivardo de Gante está considerado como la fuente principal del *Roman de Renard*, si bien fue utilizado de forma fragmentaria y asistemática[11]. El episodio que aquí nos ocupa es uno de los muchos que proceden directamente del poema latino.

Según la clasificación elaborada por Espinosa, nuestra versión, con elementos A y B, pertenece al Tipo I. Este tipo, de formación europea, es uno de los más extendidos en la tradición hispánica. El modelo medieval que hemos visto difiere de esta versión en que incluye el elemento A3, que refiere la estratagema de halagar a la herrerilla para engañarla. Este tipo 1 "es el tipo fundamental esópico, definitivamente de formación europea, si bien hay versiones orientales que pudieron servir de prototipos"[12].

La trama está más elaborada en la versión medieval, donde, además, la misma tentativa se repite dos veces hasta que, finalmente, la herrerilla se convence de que el zorro no es de fiar. Las versiones modernas normalmente reducen la trama a su esquema básico, que gira en torno al engaño a propósito de esa supuesta nueva ley que garantiza la paz entre los animales.

---

[11] Como señala Luis Cortés Vázquez en su estudio preliminar, la obra en romance francés se desarrolló en el último cuarto del siglo XII, y cada episodio –procedente del *Ysengrimus* o de cualquier otra fuente– tuvo originariamente una existencia individual en romance, aunque tampoco fueran del todo independientes entre sí, hasta que los aficionados a estos relatos, como es el caso de nuestro Pierre de Saint Cloud, se decidieron a reunirlos, formando así las diferentes ramas del *Roman de Renard*. Por esta razón, la obra francesa carece de la coherencia de que estaba dotado el original latino. El éxito de las aventura del zorro fue grande en la época, y dio lugar a la proliferación de epígonos –que no resisten la comparación con las primeras ramas en cuanto a calidad– hasta mediados del siglo XIII.

[12] **Espinosa, Aurelio M.** *Cuentos populares españoles*, vol. III, p. 323.

En esencia, nos encontramos de nuevo con uno de los motivos fundamentales que aparecían en *La golondrina, la zorra y el pez Federico*, esto es, la estratagema por parte del zorro para conseguir su presa mediante un engaño. Coincide, por tanto, con el esquema básico del cuento recogido en *El Conde Lucanor* con el número 12. Lo que cambia es el desenlace, ya que, en la versión de D. Juan Manuel, el gallo sí cree la mentira del zorro, y es por ello que termina cayendo en sus garras.

En la tradición moderna pervive este cuento no sólo en el área lingüística del castellano –donde se ha documentado en provincias como Sevilla, Cádiz, Asturias y León–, sino también en el área lingüística del catalán, del gallego e, incluso, en Hispanoamérica[13]. Si comparamos nuestra versión con la recogida por A. M. Espinosa en Santiponce (Sevilla) y con la asturiana reproducida por J. Camarena y M. Chevalier, encontraremos algunas variaciones interesantes. Mientras que en la versión extremeña se utiliza la palabra "decreto", en la andaluza se emplea "orden", y en la asturiana "ley" para aludir a lo que en el texto medieval era un juramento de paz. Las causas que motivan la huida del zorro son distintas en cada caso: en la nuestra se trata de un puma; en la sevillana, de un galgo; y en la asturiana, más próxima al modelo medieval en este sentido, de una pareja de cazadores. Por último, señalemos que, mientras en las versiones sevillana y asturiana el gallo no objeta nada a la pobre explicación del zorro, en la sanvicenteña, el gallo sugiere al zorro maliciosamente que muestre el dudoso decreto al puma para aplacarlo. En este sentido, nuestra versión se encuentra más cercana al texto medieval.

El lobo y el zorro

[Aa.-Th. Tipo 1]

Esto fue un lobo que vio venir unos señores que traían un cargamento de comida; y entonces fue él y se tumbó en el camino y se hizo el muerto. Y llegaron los señores allí y dijeron:

---

[13] Ver **Camarena Lauricica, Julio** y **Chevalier, Máxime.** *Catálogo tipológico del cuento folklórico español*, cuento tipo 62.

–Oye, un lobo muerto.

–Échalo *pa* el carro, venga. Ya le quitaremos el pellejo en casa.

Pues, entonces, el lobo, como no estaba muerto, que se había hecho el muerto, pues se comió toda la comida que llevaban allí, y después cogió el lobo y se fue.

Y, claro, luego se lo contó esto a un zorro, y dice:

–Pues mira, que me ha pasado aquí esto: que el otro día pasaron unos señores por aquí con una mercancía, y me hice el muerto. Me cogieron, me tiraron en el carro, y eso.

Y entonces el zorro fue *y* hizo lo mismo: se tumbó en el camino cuando los vio venir, y claro, ellos, cuando llegaron allí, *de que* vieron al zorro, le echaron mano:

–¡Un zorro muerto!

–¡Vamos a quitarle el pellejo!

Y entonces le quitaron el pellejo y *na* más que no le quitaron el pellejo de las patas y el de la cabeza. Y entonces parecía que llevaba patines y gorro. Dice:

–¡A ver quién es ése del gorro y los patines! –le decía el lobo.

Este cuento presenta, según A. M. Espinosa, tres grupos fundamentales[14]. El primero de ellos –al que corresponde nuestra versión, que consta de los elementos A3 y C– narra el robo de comida protagonizado por el zorro mediante un engaño –en muchos casos, haciéndose pasar por muerto–. Este episodio puede presentarse acompañado de la burla a otro animal –normalmente el lobo– que, por seguir el ejemplo del zorro, es desollado vivo.

En el segundo grupo, el zorro engaña al lobo para que vaya a pescar al río con una cesta atada a la cola. En el río, el zorro llena la cesta de piedras y el lobo, en muchos casos, termina perdiendo la cola –Cuento Tipo 2 de la clasificación elaborada por Aarne-Thompson–.

El tercer grupo aúna en sí elementos de los grupos 1 y 2, en cuyo caso, el lobo sale escarmentado no por imitar el engaño del zorro,

[14] Ver **Espinosa, Aurelio M.** *Cuentos populares españoles*, vol. III, p. 253-260. Esta obra recoge en el vol. I una versión del tipo 1 y otra del tipo 2, con los números 202 y 203 respectivamente.

sino porque éste le dice que puede obtener comida pescando en el río con la cola.

Este episodio aparece en la rama III del *Roman de Renard* –compuesta hacia 1178– de una forma muy especial que viene a demostrar cómo estos Tipos 1 y 2 presentaron una estrecha relación entre sí ya desde la Edad Media, y que puede explicar la existencia del tercer grupo. En los vv. 1-164 encontramos una versión del primer grupo de cuentos, formado únicamente por el elemento A1. En ella, el zorro, hambriento, encuentra a los pescaderos con su cargamento de arenques y anguilas. Se finge muerto, y los pescaderos lo recogen para quitarle la piel más tarde. Una vez dentro de la carreta, se harta de comida y huye con un cargamento de anguilas para su familia. Pero antes, dirige a los pescaderos unas palabras burlándose de ellos, y dejándoles escarmentados.

Nada tiene que ver el lobo en esta aventura, pero no tardará en hacer acto de presencia el pobre e ingenuo Isengrin para convertirse en el blanco de las burlas del astuto zorro. Éste llega a la casa de Renard, atraído por el humo que se desprende de la cocina. Isengrin quiere entrar en la casa, pero Renard le engaña diciéndole que tiene un grupo de canónigos invitados a comer en su casa, y que si él quisiera ser monje, lo harían prior o abad. Como el lobo lo que desea es beneficiarse del banquete, accede a ello, para lo cual es preciso que se haga la tonsura. El zorro aprovecha esta circunstancia para escarmentarlo, pues para hacerle la tonsura le vierte sobre la cabeza agua hirviendo. El lobo queda escaldado y, además, sufre una castración simbólica mediante la tonsura, equiparable al desollamiento que sufría el lobo en nuestro cuento.

Después de este episodio, se produce el de la pesca con cola, que sucede –a diferencia del primero, que ocurría a principios del otoño– en pleno invierno. Como el agua está muy fría, la cola se le queda helada, y el lobo permanece en el río hasta el alba. Sin embargo, una partida de cazadores aparece por allí, y aunque el lobo se defiende de los ataques con valentía y sin moverse para no perder su cola, termina perdiéndola cuando uno de los agresores se la corta al fallar un golpe. De esta forma, el lobo sufre otra castración, pero gracias a ello

puede escapar con vida. Termina la rama cuando Isengrin jura venganza contra Renard.

Como puede verse, esta rama reúne en sí el cuento Tipo 1 y el Tipo 2 –Grupos I y II de Espinosa, respectivamente–, intercalados por el episodio de los falsos monjes y de la tonsura de Isengrin. Este episodio, sin embargo, se encuentra en estrecha relación con los otros dos en tanto que en él se narra un engaño del zorro que tiene como consecuencia final la castración del lobo. Toda la rama, sin embargo, parece una soldadura mal hecha, en tanto que no existe unidad temporal entre ellas[15]. Pero lo más extraordinario es que, si prescindiésemos de este episodio, nos encontraríamos ante una versión del Grupo III, del que existen ejemplos en la tradición oral moderna. Como ya hemos señalado, esta obra tiene principalmente –aunque no siempre– un origen culto. Esta rama está inspirada en la *Ecbasis* y, sobre todo, en el *Ysengrimus*, desde los que llegó al ámbito de la literatura oral, donde el pueblo lo hizo suyo, seleccionando los motivos más acordes a su gusto y a sus intereses. Ignoramos si este episodio de los falsos monjes tuvo alguna difusión oral durante la Edad Media, pero lo cierto es que, en la actualidad, parece que ha desaparecido por completo. Para explicarnos esto, tenemos que retroceder hasta el último cuarto del siglo XII, momento en que el estado decadente de la sociedad feudal y de la estructura eclesiástica provocó la crítica en algunos sectores cultos, que se manifestó en los valores e ideas subversivas que animan una obra como es el *Roman de Renard*, caricatura desenfadada e hipercrítica del mundo medieval, y corrosiva e inteligente contestación a la sociedad feudal, a su literatura épica y cortés e, incluso, a la iglesia y sus gentes[16].

Por lo que respecta a la difusión actual de este cuento –Tipo I o Grupo I– en la tradición oral hispánica, se han encontrado diversos ejemplos por nuestra geografía[17]. De los que he podido consultar, el

---

[15] Ver **Nogues, Juan.** *Estudios sobre el Roman de Renard (su relación con los cuentos españoles y extranjeros)* Salamanca: Universidad, 1956 [*Acta Salmanticensia* Tomo IX: 2] p. 89-97.

[16] Ver *Le Roman de Renard (ramas II, I, Ia y Ib)* / estudio de Luis Cortés Vázquez.

[17] Ver **Camarena Lauricica, Julio** y **Chevalier, Máxime.** *Catálogo tipológico del cuento folklórico español*, cuento tipo 1. La versión segoviana, de Aldeonsancho, a la que hago referencia, está publicada en **Espinosa, Aurelio M.**, hijo, *Cuentos populares*

más parecido a la versión del *Roman de Renard* es uno segoviana, pues es el único que termina con la burla verbal dirigida al trabajador que sufre el robo. Sólo una versión sevillana une al motivo del robo de pescado el de la pesca con cola –Grupo III–, en tanto que una de Madroñera (Cáceres) es en la única en que el lobo cobra venganza, así como también es la única con moraleja expresa.

Por último, hay que señalar la alteración notabilísima que presenta nuestra versión con respecto a todas las demás. En este cuento, como ya hemos visto, lo que ocurre normalmente es que el zorro engaña al lobo, en perfecta sintonía con la caracterización tradicional del zorro como animal astuto. Pero no ocurre así en la versión sanvicenteña, donde es el zorro quien sale desollado de la aventura, convirtiéndose en blanco de las burlas del lobo.

El gato, el gallo, el pato, el cordero y los ladrones

[Aa.-Th. Tipo 130]

Hay otro de un gato -pero ése es de miedo- de una casa de campo que, por la mañana, cuando la mujer del campo iba al pueblo, compraba lo de siempre y se iba. Y el gato, que era muy pillo, porque siempre que la dueña se distraía un poco, pues le quitaba la longaniza, el pescado o algo de eso. Y aquel día había comprado un poco de pescado y se lo había dejado para limpiarlo. Y, apenas se alejó, el gato, ¡zam!, coge los *pescaos* y se los come. Y la mujer estaba muy rabiosa:

-¡*Me cagüen diez* el gato! Ahora verás.

Y va y lo encierra en una habitación donde tenían las cebollas y las patatas y... donde no había carne. Y estaba allí maullando sin parar, y la mujer:

-Mira que éste... Pero nada. Ahí, que se fastidie, por ladrón.

Y así pasaban las horas. Conque, por fin, va a coger una escoba que también tenía allí dentro, y él estaba al quite. Y en cuanto vio que se abría, ¡nnn!, se escapó. Pero antes había cogido ya una cebolla, y algo más. Y pasó por donde

---

de Castilla y León, 2 vols. (Madrid: C.S.I.C., 1987) I, núm. 2; la sevillana es la que recoge **Espinosa, Aurelio M.** en *Cuentos populares españoles*, vol. I, núm. 203; la versión de Madroñera (Cáceres) está recogida en **Curiel Merchán, Marciano.** *Cuentos extremeños*, p. 49-50.

tenía las longanizas colgadas y, de un salto, cogió un par de longanizas, la metió en un saquito y se escapó, y se fue andando.

Se escapó de casa y ya no podía volver, si no la ama lo mata. Y por el camino iba cantando, canturreando. Pasó por un sitio donde había un gallo y el gallo le dice:

-¿Dónde vas?

Y el gato:

-Pues mira, me voy. Me he *hartao* de estar en la casa y ahora me voy de viaje.

-Pues casi, casi que me iría yo contigo.

Y dice:

-Pues, ¡vámonos!

Y el gallo se va. Andando los dos, iban cantando por el camino. Más adelante se encuentran un patito, y el pato estaba allí comiendo en el campo y dicen:

-¿Tú qué haces ahí?

Dice:

-Comiendo.

-Pues, ¡vente con nosotros!

Dice:

-¿Dónde vais?

-¡Pues ahí delante!

Y se fueron los tres andando, andando. Y un poco más adelante encontraron a un carnero que también estaba allí en el ganado y dice:

-Hombre, pues yo también me voy con vosotros.

Y se fueron el carnero, el pato y el pollo y el gato. Se iban andando, andando, andando y, claro, por fin se hace de noche.

-Oye, ahora es de noche. Pero ahora no podemos andar, que no vemos por donde vamos.

-Pues mira, ahí hay una casita. Nos metemos ahí y allí pues hacemos la cena y cenamos.

-Pues sí, es verdad.

Entraron en la casa y empiezan a prepararse la cena y entonces, como no tenían otra cosa que encender, pues entonces había unos palitos así, como si fueran mistos, pero largos, unas pajitas. Y eso se encendía. Con esas pajitas largas

pues encendieron fuego y allí estaban calentándose. Y, claro, pues cada uno fue a un sitio mientras se preparaba la cena. Y en eso, como era ya muy de noche, pues cerraron la puerta. Oyeron la puerta: ¡Pum, pum! Y todos callándose:

-¿Quién será a estas horas?

Y ¡Bum, bum! Y el gallo dice:

-¡Callaros!, que éstos no deben ser ninguna persona decente para nosotros. Escondámonos. Y tú, gato, ponte encima de la chimenea. Tú, cabra o cabrito, te pones detrás de la puerta, y yo me pondré aquí, y tú pato, debajo del banco. Escondámonos todos.

Y como no abría nadie, de un trompazo abrieron la puerta y entraron los dos, que eran ladrones *y* iban allí a refugiarse. Y vieron que estaba el fuego encendido y cogieron una paja para hacerse luz, y, en vez de meter el palo en la hoguera, pues lo metieron en el ojo del gato, que también relucía por la noche. Y el gato, al ver que le metían...

-¡Miau! -se tiró encima: -¡Miau, marramamiau!

Y al jaleo que se armó, el pato empezó:

-¡Pas, pas, pas, pas! -diciendo "paz": -¡Pas, pas, pas!

Y el gallo empezó a cantar arriba y el cordero empezó a trompazos con unos y con otros y los echaron a la calle.

Este último cuento pertenece a un tipo de cuento que presenta gran cantidad de variantes, y que cuenta con una enorme difusión por casi todo el mundo[18].

Antes de referirnos a los paralelos medievales de este cuento, es preciso realizar una serie de aclaraciones. Para Aurelio M. Espinosa, las versiones de este cuento se dividen en dos tipos fundamentales (I y II), que presentan, asímismo, variantes diversas. El Tipo I se correspondería con el arquetipo europeo primitivo, a partir del cual se desarrollaron los cuatro tipos IA, IB, IC y ID. Posteriormente, se desarrolló

[18] **Espinosa, Aurelio M.** analiza los motivos principales de este cuento en *Cuentos populares españoles*, vol. III, p. 386-397, donde, además, expone tantos sus propias conclusiones como las de Antti Aarne, el principal estudioso de este cuento, que reunió para su estudio la friolera de cuatrocientas dieciocho versiones orientales y occidentales procedentes en su mayoría de fuentes manuscritas. Las conclusiones de ambos estudiosos difieren en una serie de puntos, como seguiremos viendo. Aurelio M. Espinosa recoge tres versiones hispánicas del cuento –vol I, núm. 255, 256 y 266–, pertenecientes todas ellas al tipo II o a sus variantes.

el Tipo II –cuento Tipo 125 en la clasificación de Aarne-Thompson–, del que, a su vez, surgieron, ya en la Edad Media, los tipos IIA y IIB.

La versión moderna que aquí ofrecemos presenta, según la clasificación de los motivos fundamentales del cuento elaborada por Aurelio M. Espinosa, el siguiente desarrollo: A, B, C3 y E. Pertenece, por tanto, al Tipo IB. Este tipo era para Aarne –a diferencia de Espinosa– una de las dos formas fundamentales del arquetipo europeo primitivo, que debió desarrollarse directamente del primigenio arquetipo oriental a través de la tradición del este de Europa. Sea cual fuere la génesis de este cuento, lo cierto es que nos encontramos ante un cuento antiquísimo, que se remonta a tiempos anteriores a la Edad Media.

Pasemos ahora al estudio de dos interesantes paralelos medievales, uno en lengua vernácula francesa, y otro en latín. Uno de ellos se encuentra en la rama VIII del *Roman de Renard*, fechada hacia el año 1190, considerada como "una de las mejor cortadas, de las más graciosas; en ella se satirizan humorísticamente las peregrinaciones que tanta importancia tuvieron en la vida medieval"[19]. En ella, Renard, el zorro, arrepentido de sus pecados, marcha en peregrinación a Roma, aconsejado por un ermitaño. Allí deberá presentarse ante el Papa para confesar sus pecados y obtener la absolución. De camino, se encuentra con el cordero Belín, desahuciado después de una larga vida de servicios, al cual están a punto de matar para hacer unas botas de piel que un santo barón habría de llevar a Roma. El zorro le convence para que marche con él, lo mismo que al burro Bernardo, quien escapa, gracias a esta peregrinación, de su vida esclavizada y miserable. Para reponer fuerzas, se dirigen al hotel de los lobos Isengrin y Hersent, mientras éstos se hallan ausentes. Allí comen y beben a placer, hasta que los lobos regresan. Éstos, naturalmente, quieren apresar a los intrusos, pero Renard organiza la defensa, y, aprovechando las armas naturales de sus compañeros, consiguen matar a Isengrin. Hersent marcha en busca de ayuda, mientras Renard y sus acompañantes emprenden la huida. Como los lobos van siguiendo su rastro, la única solución que se le ocurre a Renard para escapar a su acoso es trepar a

[19] Ver **Nogues, Juan.** *Estudios sobre el Roman de Renard*, p. 165. Esta rama y su relación con los cuentos populares españoles se encuentra analizada en la misma obra en las p. 165-187.

un árbol. Sin embargo, los lobos, que no se explican cómo ha podido esfumarse el rastro de los animales, se echan a descansar justo debajo del árbol donde se han refugiado los fugitivos, sin sospechar que están allí escondidos. Como Bernardo y Belín no pueden sostenerse en el árbol sino con dificultad, terminan cayendo sobre los lobos, aplastando a varios de ellos, de manera que toda la manada de fieras huye espantada. Los tres animales, finalmente, deciden volverse a casa, abandonando el accidentado y peligroso peregrinaje.

Los motivos que aparecen en esta versión medieval son: A, A2, B, C2, C3, D, E, G y H1. Se trata, por tanto, del Tipo IIA, de formación medieval, como ya hemos dicho.

Sin embargo, la versión literaria más antigua que conocemos, también del siglo XII, se encuentra en el poema latino del *Ysengrimus*. En ésta, aparecen –entre otros– los motivos A4 y C4 –el hallazgo de la cabeza de un lobo ahorcado que sirve para ahuyentar a un lobo–, que caracterizan al tipo IIB con respecto al IIA.

Ya hemos comentado antes la estrecha relación que existe entre estas dos obras. Sin embargo, con respecto a este cuento, la relación entre ellos parece diferente. Aunque Foulet considera que la rama VIII se inspiró directamente en el *Ysengrimus*, la opinión de Sudre al respecto parece más acertada a la luz de los estudios realizados por Aurelio M. Espinosa y Antti Aarne. Sudre considera que la coincidencia de motivos entre las dos obras obedece a que ambas se remontan a una fuente común fijada en la tradición oral. De esta manera, la rama VIII y el *Ysengrimus* se habrían inspirado en el cuento popular, cuyo arquetipo primitivo es de origen oriental, a partir del cual surgieron en la Edad Media el tipo IIA, al que pertenece la rama VIII, y el IIB, al que pertenece la versión del *Ysengrimus*. Si hubiera habido, como sugiere Foulet, una relación de dependencia directa entre ambas obras, el motivo del hallazgo de la cabeza del lobo tendría que haber pasado al *Roman de Renard*, y no fue así. Podríamos decir, entonces, que estos cuentos existían en la tradición popular europea antes de que los autores o compiladores se decidieran a aprovechar esta materia en la producción escrita. El motivo pasó, por tanto, de la tradición popular a la materia culta, y no al revés, con lo que queda claro que las relaciones

e interferencias entre ambas no son unidireccionales, sino que, por el contrario, pueden darse en ambas direcciones.

En lo que respecta a la difusión de este cuento en nuestra tradición oral moderna[20], "la tradición hispánica es la que conserva con más fidelidad la antigua tradición medieval"[21], ya que la mayoría de las versiones hispánicas pertenecen al tipo IIA o al IIB. De las versiones peninsulares que he podido consultar, sólo se corresponden con el tipo IB –al que pertenece nuestra versión– dos versiones registradas en Jumilla (Murcia)[22]. Dentro de la Península parece, por tanto, que este tipo ha tenido continuidad únicamente en la zona de Levante, entrando así a formar parte de los rasgos de identidad cultural diferenciales de la zona.

Para terminar el comentario de este cuento, podemos señalar que lo más sorprendente de él es que, probablemente, ninguna de las versiones orales conocidas coincida exactamente con otra, ni en el número de personajes, ni en sus identidades, y menos aún en su desarrollo. Tal es el dinamismo de este cuento, que se manifestó, ya desde la Edad Media, en dos obras tan cercanas en el tiempo como son el *Ysengrimus* y el *Roman de Renard.*

Como puede verse, la tradición medieval, deudora a su vez de tradiciones y tiempos anteriores, permanece viva en nuestra tradición oral actual. Naturalmente, puede presentarse con mayor o menor fidelidad a su pasado, porque la tradición es un cuerpo vivo que se mueve, como las lenguas, entre dos polos: el instinto de conservación y el de cambio. Y esto es, precisamente, lo que hace avanzar a la cultura, con morosa lentitud, en busca de nuevas formas, pero sin olvidar nunca su pasado, del que es permanente deudora, y sin el cual jamás habría llegado a ser como es ni a estar donde está.

RAFAELA NIEVES MARTÍN
Universidad de Alcalá

---

[20] Ver Julio Camarena Lauricica y Maxime Chevalier, *Catálogo tipológico del cuento folklórico español*, cuento tipo 125 y cuento tipo 130.

[21] **Espinosa, Aurelio M.** *Cuentos populares españoles*, vol. III, p. 397.

[22] **Morote Magán, Pascuala.** *Cultura tradicional de Jumilla. Los cuentos populares*, Murcia: ed. Academia de Alfonso X el Sabio, 1990, p. 180-181 y 182-184.